

Narrar las aguas de río y mar con protagonismo y voz. Entornos acuáticos y memoria colectiva de la periferia en la literatura colombiana reciente¹

Florian Homann

1. Introducción

La literatura colombiana más reciente se dedica con preferencia a los asuntos de memoria, en relación directa con nuevas corrientes decoloniales y la ecología, expresando los textos ficcionales múltiples preocupaciones sobre la situación actual del cambio climático y los funestos escenarios distópicos (véanse Capote y Homann 328). En las dos obras debut aquí analizadas, escritas por dos autoras antioqueñas nacidas en Medellín, *La vida fue hace mucho* (2022) de Marita Lopera y *Esta herida llena de peces* (2021) de Lorena Salazar, el medio ambiente y el entorno no humano, especialmente el agua, desempeñan un papel central en la escenificación literaria de diversos recuerdos, tanto personales como de distintos colectivos.

1 Esta investigación sobre la narrativa colombiana reciente se enmarca en el Grupo de Estudios Literarios (GEL), ES 2023, CODI UdeA, Medellín. Además, esta publicación es parte del proyecto ECOFEM (C-HUM-293-UGR23), cofinanciado por la Consejería de Universidad, Investigación e Innovación y por la Unión Europea con cargo al Programa FEDER Andalucía 2021–2027.

Esta herida llena de peces aborda los recuerdos y el estado de ánimo de una madre adoptiva en relación con la vida cotidiana de la zona que atraviesan durante un viaje por el río Atrato, en el cual la madre y su hijo adoptivo recorren la región del Chocó en busca de la madre biológica del niño. Asimismo, el agua cobra protagonismo en *La vida fue hace mucho* mediante la narración de la vida y del trayecto errante y precario de la narradora Alea en el espacio marítimo del Golfo de Urabá, en el Caribe, que forma, de hecho, la desembocadura del Atrato. Este hecho, junto a que el Golfo de Urabá es a la vez chocoano y antioqueño, mientras que el destino final del viaje por el Atrato es Bellavista, un poblado desde el cual este río conecta el Chocó con Antioquia (véanse Cagüañas et al. 183), hace que las dos novelas, narradas ambas en primera persona, se presten para ser abordadas en relación. La posición geográfica determina, asimismo, las funciones que asume el agua al vincular activamente las regiones y, también por ello, tiene un papel protagonista en ambas historias.

Así, no solo en las poéticas de narrar el agua, entre río y mar, es decir, agua dulce y salada, resulta relevante acercarse a los dos espacios narrados mediante las siguientes preguntas de investigación. En general, resulta relevante saber: ¿cómo se describe en ambas novelas la enrevesada relación entre mundo humano y medio ambiente? En concreto, ¿qué tendencia muestran los personajes narrados y las narradoras de los textos en relación con su propia identidad?

Habitualmente, una lectura de las narraciones del yo tiende a interpretar los relatos más bien como autodiegéticos, centrados en la vida de quien narra, sobre todo, cuando contienen numerosos pensamientos, reflexiones y recuerdos personales. Sin embargo, aunque las dos narradoras se ocupan constantemente de su propio pasado, presente y futuro, mi hipótesis es que ceden, al menos en parte considerable, su protagonismo al medio acuático, mostrando así cierta conciencia de una interdependencia entre vida humana y entorno no humano. Esto requiere un ejercicio específico de traducción por parte de la voz que relata, aunque ambas narradoras adoptan posturas diferentes, ya que mantienen relaciones distintas con sus respectivas sociedades humanas y entornos naturales.

Así, a través del ejemplo del agua, se plantea finalmente la pregunta: ¿cómo se relacionan el mundo social y el entorno no humano en ambos textos, especialmente en términos de memoria, voz, capacidad actante y violencia?

Para contestar a estos interrogantes, el análisis de las novelas, que se desarrollará en dos apartados tras una breve fundamentación teórica, aplicará las ideas presentadas, como una narrativa de interdependencia del Antropoceno, para examinar hasta qué punto el agua puede articular su memoria a través de estas dos narradoras cuya relación específica con el medio ambiente condiciona esta posibilidad.

2. La memoria, las poéticas poscoloniales del agua y la narrativa de interdependencia

A nivel metodológico, se propone combinar determinadas teorías sobre los actos del recordar e ideas ecofeministas y decoloniales con las poéticas del agua para captar los argumentos articulados en las novelas, a favor de un cambio en nuestro trato con el entorno no humano, e interpretar los textos más allá de las epistemologías y estéticas convencionales: “Liquidity and fluidity are thus also figures of thought for thinking beyond conventional and dominant epistemologies and aesthetics” (Blackmore 421). A nivel literario, las convenciones epistemológicas antropocéntricas suelen dibujar el paisaje natural y los espacios acuáticos como fondo para las acciones humanas, aunque estos también pueden actuar como agentes.

En primer lugar, el agua puede contener y articular diversas memorias, tanto individuales como colectivas. Wardi (6), abordando la memoria del agua, sostiene que, en la historia cultural afroamericana,² los cuerpos de agua son *lieux de mémoire*, en el sentido de Pierre Nora, es decir, lugares donde convergen la memoria y la historia. Considerando la relación específica entre espacio y determinados afectos, Murphy y

2 Aunque los ejemplos examinados de Wardi se limitan a EE.UU., esta premisa puede aplicarse a todo el continente.

Rivero sostienen que, especialmente, un río como espacio acuático incita a realizar activamente los actos del recordar, vinculados a la identidad personal y colectiva. Las dos enfatizan los lazos entre estas cuestiones identitarias, las experiencias del pasado y los orígenes familiares, lo que resulta relevante en ambas novelas examinadas: “The act of remembering, associated with the river, is closely linked to personal identity and experiences as well as the past and familial origins” (Murphy y Rivero 7).

En las dos novelas, el entorno acuático como archivo de memoria no se limita a un papel pasivo de depósito, sino que dispone de agencialidad, gracias a que el agua es capaz de actuar y contribuir activamente a la reconstrucción de una memoria social, tratando aspectos como relaciones interpersonales, conflictos y distintas formas de violencia.

En segundo lugar, y en relación con ideas decoloniales, resulta relevante que Murphy y Rivero, al enfocar la evolución de las imágenes de los ríos en la literatura latinoamericana en distintas etapas, describan un cambio paradigmático desde la visión humanista de un presuntamente necesario control de la naturaleza –considerada desde 1492 meramente un proveedor de suministros comercializables– hasta las actuales nociones de interdependencia. Esta nueva “notion of interdependence between man and natural world in recent ecological writings” (2) también se puede percibir en las novelas analizadas, concretándose en una capacidad actante o agencialidad de los elementos no humanos. Los ríos latinoamericanos son considerados especialmente por las dos investigadoras como espacios que se ofrecen para estudiar tanto sus significados literales como figurativos, en relación con su concepción desde tiempos coloniales. El papel de los paisajes acuáticos fue fundamental en el proyecto conquistador: “The continent that came to be Latin America was both inferred by, and announced to, Europeans by rivers” (Pettinaroli y Mutis 1). Según Pettinaroli y Mutis, las prácticas descriptivas y cartográficas sirvieron para interpretar los territorios y los pueblos encontrados en función de los propios intereses conquistadores y para remodelar sus topografías con el fin de adaptarlas a las narrativas colonizadoras de expansión territorial (6). De acuerdo con ello, Murphy y Rivero destacan que estas imágenes construidas de los paisajes naturales y flu-

viales no cambiaron en absoluto tras la independencia de los estados latinoamericanos en el siglo XIX y remiten al discurso de Sarmiento entre civilización y barbarie, sustentado en concepciones colonialistas, para ubicar el papel de la explotación de los ríos precisamente en esa búsqueda mercantilista del progreso mediante el tráfico: “the efficient navigation of rivers would bring about the much-needed intellectual and commercial traffic between the city and countryside” (3). Este protagonismo en el comercio capitalista se traduce en los efectos negativos de la explotación, como la contaminación de los ríos, por lo que los paisajes fluviales se convierten en símbolos de la dominación colonizadora y la opresión humana sobre la naturaleza. La primera constatación que se desprende de ello es que las estructuras colonialistas –especialmente en relación con el medio ambiente– no han cambiado realmente de cara al siglo XXI, como también denuncian los pensadores decoloniales.

Dürbeck (272–274) subraya las múltiples sinergias entre ideas poscoloniales y ecocríticas al presentar la narrativa de interdependencia que considera el Antropoceno como una oportunidad para entender a los seres humanos como parte de redes complejas de agentes distribuidos, incluyendo otros seres vivos y elementos del entorno supuestamente inerte (282). La naturaleza ya no se ve como lo otro, objeto de observación y explotación técnica, sino que hay una relación crucial de interdependencia entre el medio ambiente y los seres humanos, que tampoco se ven como separados de otras especies sino siempre en intercambio con otras entidades en una red más amplia de múltiples ecosistemas. Esto exige remodelar nuestras actitudes y relaciones con el entorno no humano en términos de una “redefinition of human attitudes toward nature by finding responsible ways of living within agential networks” (282). Para vivir con responsabilidad en estas redes interdependientes, es preciso desmontar las convencionales dicotomías colonialistas que separan a las distintas entidades y comunidades al dividir las en sujetos activos y objetos subordinados, como el agua: “Colonization in the early modern period radically transformed the lives and landscapes of hydrocommunities, imposing imported anthropocentric paradigms that rendered water a resource subordinated to

human development, separating nature and culture, non-human and human waterbodies” (Blackmore 422).

Por consiguiente, si Blackmore y Gómez (1) lamentan el establecimiento de un imperio cognitivo en América Latina por parte de las fuerzas colonizadoras que fue diseñado para erradicar el conocimiento autóctono basado en el respeto por la agencia de las formas de vida no humanas, como los ecosistemas acuáticos, una forma de decolonizar las relaciones humanas-naturaleza es volver a reconocer las contribuciones de este saber. En este sentido, lo que Plumwood, renombrada filósofa ecofeminista y asimismo a favor de una mayor justicia social mediante la decolonización de nuestra relación con el entorno no humano, denomina “agency of the more-than-human sphere” (17) puede concretarse en el agua. Según Blackmore (421), es especialmente en las artes que los cuerpos de agua pueden conseguir una considerable capacidad actante estética, al moverse como flujos activos, sonar y modelar otros cuerpos materiales para crear territorios propios y desafiar paradigmas humanistas antropocéntricos.

En las dos novelas, se hace palpable la narrativa de interdependencia del Antropoceno junto a determinados elementos de las recientes poéticas del agua. De todas formas, existen matices en las maneras en que las narradoras humanas otorgan voz al entorno líquido vivo, río y mar colombianos.

3. La interdependencia entre los ríos, el mar y las personas en *La vida fue hace mucho*

La ópera prima de Lopera, cuya portada muestra un sencillo pero expresivo diseño de un pez azul sobre un fondo de varias tonalidades de verde, anuncia ya en el título que un entorno acuático sano y vital pertenece a un pasado lejano y sólo se manifiesta en los recuerdos de varias voces, con Alea, la presunta protagonista de la historia, expresando cierta nostalgia por el pasado debido al distópico estado actual del mundo natural sobreexplotado.

Una lectura convencional del texto desde el punto de vista de una narradora en primera persona sugeriría centrarse particularmente en este personaje. En cambio, sostengo que el verdadero protagonista del relato es el entorno vivo no humano –el agua, sus habitantes y sus inmediaciones como ecosistema natural– hacia el que es preciso dirigir nuestra atención. En este sentido, Capote confirma que la novela manifiesta una fuerte imaginación material para una reivindicación del “compromiso ecocéntrico y territorial” de la escritora, lo que también se desprende de los títulos de los siete capítulos, todos ellos situados en el ámbito semántico de la geografía costera: “El mar, los elementos naturales son agentes, no solo por el protagonismo que cobran a través del despliegue constante de terminología geológica y botánica local, sino porque son aquello con lo que Alea se asocia fundamentalmente para encontrar relación con el mundo” (727–728).

Para reforzar lo anterior, me refiero al pesimismo patente en el presente narrado, a la carencia de objetivos y rumbo en la vida, que conduce finalmente a la baja autoestima de la famélica Alea, cuya desesperanza ya se evidencia en las primeras frases en imágenes como la falta de viento en sus velas y la deriva en un mar inerte marcado por la ausencia de peces:

Son casi las seis y aún no pesco nada. Llevo una hora intentando trolear. Hay poca brisa. Para que pinchen la carnada el anzuelo debe ir moviéndose, como si de verdad un pequeño pez nadara cerca de la superficie. Tres o cuatro nudos habrían estado bien para crear la ilusión, pero no tengo suerte. La vela está deshinchada y el bote no se mueve, solo flota. (Lopera 11)

Su único motor es el hambre, que la impulsa a pescar para alimentarse rudimentariamente, por lo que ha hecho un pacto con el medio acuático, comprometiéndose a limpiarlo siempre de los desechos fabricados por los humanos, para que el mar le siga proporcionando su sustento: “Cuando fondeo en busca de una centolla, un jurel o una agujeta, que por estos días son tesoros marinos, recojo toda la basura que me encuentro en la zona de inmersión” (12). El hecho de que hoy el agua del Caribe ya no pue-

da asegurarle la alimentación –lo que antes era una pesca habitual ahora es una rareza– ni que ella pueda cumplir su meta muestra lo avanzada que está la destrucción del hábitat acuático para toda su población: “Hace unos diez años podía recoger el desperdicio humano que veía donde estaba buceando. Hoy no. Nunca logro recogerlo todo” (12). Trata al mar, origen de toda vida al que se dirige con máximo respeto, como un ser vivo propio, siguiendo lo que sugiere la narrativa de la interdependencia –en cuyas redes operantes como “agential networks” (Dürbeck 282), el ser humano es solo uno de varios actores igualitarios–, al acordar un convenio con la crucial figura maternal: “Le digo a la madre oceánica que procuré ser fiel al trato de sacarle la basura a cambio de que no me deje morir de hambre. Hace años hicimos ese pacto. Pero ni ella ni yo lo hemos cumplido del todo” (Lopera 12). Su respeto se manifiesta en que, tras ser obsequiada con una ‘gallina de mar’, honra la comida con un ritual de gratitud a esta sublime compañera de vida: “Quiero embutirme el plato en un par de mordiscos, pero hago la pausa de las ‘gracias’ a mi madre oceánica. La pienso, la mimo con palabras bonitas, le ofrendo los corales que sembré en mi mente y espero a que me llegue la calma necesaria para masticar cada bocado” (15). El disfrute consciente de cada alimento demuestra su alta valoración de los recursos y su cuidado del medio ambiente, una convivencia que se expresa también en su respiración conjunta con el agua, tratada como un ser vivo: “Me concentro en respirar al ritmo del mar. Imagino que inhalamos a la par” (16).

Aunque la novela, dividida en múltiples fragmentos por asteriscos, comienza en el presente distópico, Alea narra principalmente de forma analéptica su vida y la evolución negativa del hábitat natural de la bahía, en diferentes etapas que luego se conectan, ratificando su ira contra la codiciosa sociedad humana y su irresponsable comportamiento colonialista que conduce a las catástrofes naturales una vez que se han producido las consecuencias fatales:

La indignación que sentí por el incendio, toda esa rabia, la confirmé tiempo después: donde desaparecieron los manglares se formaron playones de sal. Y ahí estaban también los bivalvos carcomiendo a los que quedaron en pie. Otros exhibían agallas ennegrecidas. Tumores.

Ese cáncer vegetal con forma de branquias. Los animales sobrevivientes también fueron desalojados. Como la gente desplazada, quedaron sin nicho, huérfanos, viudos. (36)

Con estas palabras, que explicitan metafóricamente las diversas enfermedades de la naturaleza provocadas por el continuo colonialismo capitalista, denuncia tanto la sobreexplotación del entorno no humano y la consiguiente extinción de muchas especies animales como las atrocidades sociales cometidas por los actores humanos entre sí: Alea evidencia la estrecha relación entre la destrucción del hábitat y el frecuente desplazamiento de la población autóctona en las regiones periféricas del Chocó y Urabá, causado por intereses financieros y el conflicto armado, lo que afecta ante todo a las personas que viven en armonía con el ecosistema local.

Junto a la contaminación y la basura, la construcción prevista de un puerto gigantesco, proyecto que pretende conectar la región a la competencia capitalista, amenaza la vida de los seres vivos de la región, dependiente del ecosistema acuático: “Qué van a hacer con la mugre que llegue con todo ese tráfico. ¿La van a empacar en un buque? No, esa va derecho al río y al mar. Luego viene el silencio” (105). El texto desvela así las silenciadas consecuencias negativas y critica la visión colonialista de la importancia suprema tanto del comercio en el agua como del progreso de ‘civilización’ que promueve, según la opinión de Murphy y Rivero: “trade fosters the modernizing project and is the motor of industrial progress” (3). Delata la visión del progreso con ánimo de lucro que para los inversores externos tiene prioridad sobre la preservación del equilibrio natural.

Se nota que las emociones de Alea están estrechamente ligadas a la vida del agua y que su pesimismo se refiere a los objetivos fijados por los humanos, en general orientados por la ganancia económica, mientras que varias imágenes utilizadas sugieren una cierta confianza en que el mundo seguirá su ciclo, aunque un día sea sin habitantes humanos, cuando se haya devastado el hábitat natural: “Todas las predicciones que hice esa noche en casa del viejo Isma y doña Nimia, entre lágrimas, resultaron ciertas. La naturaleza sí se abre paso, como ella me dijo, pero no

al ritmo de una vida humana. Nuestra vida es corta y destructiva” (Lopera 36). Sus pronósticos hacen hincapié en la interdependencia entre vida humana y no humana, aunque el ritmo en común ya está perturbado por la velocidad acelerada de la humanidad y su progreso tecnológico, que aquí –como en muchas regiones periféricas del Sur Global– sólo provoca la destrucción del ecosistema natural.

En los recuerdos narrados se encuentran planteamientos ecofeministas particularmente críticos con las jerarquías antropocéntricas y sexistas del poder. Un capitalismo destructivo de índole patriarcal está representado por su padre, dedicado a la pesca masiva y propietario de un barco de gran porte. En la narración de Alea, no se le llama padre ni tiene nombre propio –sólo el significativo apodo de El capi– y la arroja por la borda tras la muerte de su madre, a su vez descrita cariñosamente a lo largo de todo el relato como “mi mamá”. El abuso y derroche de los recursos se denuncian incluso en la pesca tradicional, donde el trasfondo se presenta como la peor forma, cuya “brutalidad” refleja la violencia ejercida por el hombre sobre la naturaleza cuando es abandonado por sus dueños y se convierte en una “red de muertos” (144).

Aunque mantenga una relación relativamente positiva con algunas personas, son los otros seres vivos, plantas y animales, así como el entorno acuático, con los que Alea disfruta conviviendo como socios en una red agencial ecológica, gracias a esta “relación muy intensa con el entorno natural, los animales –sean estos peces u otros animales terrestres– y, sobre todo, el mar, la madre oceánica, a la que se debe y a la que ofrenda y agradece por cada uno de los recursos que aprovecha” (Capote 728). Desarrolla esta relación de interdependencia con el medio ambiente como resultado de las perturbadas relaciones interpersonales durante los años que vive con su abuela biológica, madre frustrada del capi, que la acoge en su casa y a la que Alea llama continuamente “la seño”: únicamente utiliza su nombre Aurora cuando se percata de su muerte (véase Lopera 138). La falta de comunicación entre ambas, que Alea atribuye al carácter monosilábico de la figura, que jamás ríe y sólo le dicta órdenes, muestra la trastornada relación entre la sociedad humana de tierra firme y la narradora, que considera el mundo acuático su hábitat natural. Por eso, tras su defunción, entierra al perro, con el que se comunica y com-

parte sus sentimientos durante estos años, en el mar, para devolverlo al perpetuo ciclo vital creado por el agua y poder, a partir de ahí, “visitar a un amigo en el cementerio [...] donde se lo devolví a la madre oceánica” (123).

Una de las pocas personas que destacan positivamente es el científico –el único capaz de hacer reír a la despechada ‘seño’–, especialmente importante para Alea, ya que le enseña a considerar los elementos del entorno –por ejemplo, las raíces de los manglares– como agentes en igualdad de condiciones: “Los trataba como a individuos” (20). Tras sus años de aprendizaje con él, sigue dedicándose al bienestar de los seres vivos no humanos, fuertemente amenazado tras las consecuencias nefastas del Antropoceno: “Mi único dolor, este pavor que no se cura, está en el pánico que siento de que los peces no estén ahí donde deberían estar. Quizás ya no están en ninguna parte” (107). Alea se percata de la creciente disminución de peces en la bahía, con lo que el texto vuelve a delatar las consecuencias del daño que los humanos llevamos a cabo sin darnos cuenta: “Algo estaba pasando sin que la gente lo viera” (147).

Tres años tras la muerte de su abuela, para transferir oficialmente la casa y los bienes de la fallecida, se le insta a convocar a un corregidor. Este personaje –evocando inmediatamente connotaciones negativas debido a la alusión intertextual que se puede establecer al corregidor de *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, quien trae la política y las guerras a Macondo– asume el papel de otro representante del antropocentrismo colonialista y confirma la dicotomía convencional entre los humanos y el medio ambiente cuando denigra su modo de vida sin cédulas oficiales, tachándolo de bestial: “No joda, Alea, pareces un animal. [...] Animal salvaje, carajo” (147). La larga lista de papeles y trámites requeridos muestra los problemas de la dominancia humana y su burocracia bajo el disfraz oficial de una civilización presuntamente necesaria, sin sentido para Alea, ya que en última instancia sólo perjudica al medio ambiente, que el aparato administrativo considera que debe controlar, así como a las personas que viven en armonía con su entorno natural: “Tras el afán de insertarme a la civilidad, lo que había era un interés por la zona. En ese momento no dimensioné las consecuencias. Hubiera preferido no darle mis datos” (148). La preferencia de seguir viviendo indocumen-

tada, o sea, su resistencia a conseguir una cédula y ser así oficialmente admitida en la sociedad humana se explica por no querer seguir la imperante sociedad disciplinaria, según Foucault, y exigir, en cambio, en la frase siguiente que se ponga fin a la sobreexplotación neoliberalista de la naturaleza y no se intervenga más en los ecosistemas naturales, representados en primer lugar por el agua vivificadora: “Dejar los ríos en paz. Las cocoteras, los caracoles. Las playas. Las lagartijas” (148). El corregidor, que le endosa deudas fiscales imposibles de liquidar por la casa heredada, vuelve a ser definido como un simple representante del poder gobernante, movido únicamente por intereses económicos, que como antagonista vil puede ser sustituido por otros de igual índole: “Igual, si no era este, sería un alcalde, un funcionario, un cualquier aparecido con plata” (148). De acuerdo con ello, al pensar en el puerto, la narradora explica su aversión a los humanos: “[S]uelo evitar a la gente para que no me contagie sus heridas”, representando los agravios humanos, la codicia por el dinero, generado a su vez por “la cantidad de buques que ingresarán a la bahía con sus vestigios de combustible en las aguas, en el aire” (106). No pierde la ocasión de denunciar explícitamente la explotación neocolonialista de la región periférica, amenazando con su despilfarro y destrucción del ecosistema completo, y de señalar las responsabilidades al describir “los funcionarios tranzando aquí, allá, sumando ganancias en una calculadora sin tope en los números. Quizás el golfo agoniza” (106). En vista de ello, menciona en varios momentos de la trama su deseo de transformarse en un ser no humano, en sus palabras “convertirme en una higuera, un coral muerto, un perro” (45) o, en otro instante, “convertirse en peces, como yo” (18). Las pretensiones humanas de propiedad territorial y la consiguiente destrucción capitalista del ecosistema llevan a Alea a abandonar la sociedad para definirse en su lugar como un ser vivo acuático: “Le prendí candela a los papeles del impuesto. Yo no quería poseer tierra, yo quería agua, mar, ríos, cosas de las que nadie tiene escrituras” (158). Podemos concluir que, en su reescritura decolonial, adopta la perspectiva del agua para denunciar la forma colonialista en que los humanos tratan el medio ambiente y reclamar un cambio drástico de esta relación en consonancia con la narrativa de interdependencia.

4. El río Atrato y la memoria del Chocó en *Esta herida llena de peces*

En el libro de Salazar, el agua tiene una voz algo menos explícita, pero no por ello menos significativa. El papel crucial del río, como uno de los elementos centrales, se puede deducir de su portada, donde se vislumbra una amenaza de violencia, visualizada a través de un dibujo minimalista: el caudal de una parte del entramado fluvial de la cuenca del Atrato está coloreado de rojo, simbolizando la sangre.

El título también concede importancia directa al paisaje fluvial del Atrato, lo que corrobora Navarrete: “A partir del título de la novela, *Esta herida llena de peces*, el río adquiere protagonismo al abrir con esta metáfora un campo de expectativas respecto al rol que desempeñará el río en la historia que se nos va a contar, causadas por una tensión inminente que va *in crescendo* a medida que avanza la novela hacia un desenlace de violencia y horror” (88–89). Los otros componentes esenciales de esta historia incluyen las implicaciones y dificultades de la maternidad, que experimenta la narradora y madre adoptiva blanca del niño afrodescendiente, cierta inseguridad o incluso crisis de identidad³ y, como también se ve en la cita, una cruda violencia, que se intensifica a medida que se acerca el final de la trama.

Además de las imágenes y otros paratextos, una cita de Gabriela Mistral, extraída de la primera parte de la quinta estrofa del poema “Cosas”, funciona como lema y pone el énfasis en el río como un protagonista del relato: “Un río suena siempre cerca. Ha cuarenta años que lo siento. Es canturía de mi sangre o bien un ritmo que me dieron” (Salazar 9). La continua cercanía del río, que se oye sin cesar y cuyo sonido es descrito como un canto monótono pero musical y rítmico de su sangre, remite –el poema entero de la reconocida autora chilena alude al paisaje de su infancia– inmediatamente a cuestiones de unas memorias auditivas, perso-

3 La crisis de identidad de la mujer, que creció en el Chocó, pero se ha sentido en parte extraña desde su infancia por ser una mujer blanca, es particularmente evidente en su relación con el agua, ya que no sabe nadar a pesar de su orgullo por el Atrato.

nales y colectivas, en relación con asuntos identitarios. El hecho de que la proximidad del río sea siempre perceptible por el oído lo convierte en parte integral de la identidad del yo articulado: la narradora de *Esta herida llena de peces*, a pesar de haber nacido en otro lugar, tiene un cierto sentido de pertenencia a la región del noroeste de Colombia, gracias a que creció desde temprana edad en el poblado de Bellavista, en el municipio de Bojayá, antes de trasladarse a Quibdó, capital del departamento del Chocó.

De forma similar a la novela de Lopera, el papel del entorno y del territorio en el que la narradora se sitúa en la realidad se negocian ontológicamente.

No obstante, y a diferencia de Alea, narra su vida y trayectoria en el entorno acuático en cierta manera 'desde fuera', desde una posición de figura 'privilegiada', que no es oriunda de las orillas del Atrato. Al abordar el relato diferentes formas específicas de violencia, las reflexiones de la narradora se combinan a su vez con los actos del recordar y la extraordinaria intertextualidad e intermedialidad de la memoria. Las complejidades de la maternidad adoptiva, en relación con cuestiones de identidad que se vinculan al viaje por el Atrato chocoano, se plasman en que la narradora, sin nombre, se presenta como una viajera llamativamente insegura en el entorno fluvial, además de dudosa sobre si el niño es suyo o de la madre biológica, cuestionando así si el río y la región que recorre realmente constituyen su hogar. La relación ambigua que tiene con el Atrato se expresa en sus narraciones sobre cierto orgullo por haberse criado en sus orillas en contradicción con el hecho de que no sabe ni nadar.

La violencia aludida en la portada se concreta en las primeras frases del texto –en las que ya se menciona el espacio narrado de la trama completa– en la contradicción entre el pajarito y el gallinazo, representando vida y muerte:

El niño y yo llegamos al malecón de Quibdó. Buscamos una canoa que nos lleve a los dos, y al pingüino de tela que carga desde que salimos de casa, hasta Bellavista. Nos sentamos en las escaleras de cemento que dan al río Atrato, le compro un mango con limón y sal que me vende

una señora, y esperamos. Las mañanas son de las aves, cantan desde los árboles que se elevan a la orilla del río; hasta las más jóvenes tienen un nido de polluelos desnudos, indefensos, hambrientos.

—Ma, mira, un pajarito —dice.

—No es un pajarito, es un gallinazo —respondo con la boca llena de mango. (Salazar 11)

La referencia al motivo clásico del canto matutino de los pájaros en los árboles, con sus asociaciones auditivas positivas, representa la vida natural originalmente próspera en la orilla del río, mientras que las menciones del hambre y de la indefensión de los pollitos inermes de primera edad pueden interpretarse, teniendo en consideración el siguiente contraste con el ave rapaz, en el sentido de que aluden ya desde el inicio a que la población autóctona, especialmente las generaciones más jóvenes, sufre de precariedad e inseguridad causadas por las distintas violencias humanas. Existe otro paralelismo con el libro previamente examinado, en el que se mencionan los animales desplazados “sin nicho, huérfanos, viudos” (Lopera 36), representando a la población local.

En la novela de Salazar, los actos violentos entre los seres humanos desembocan en la novela en la Masacre de Bojayá, en la que dejaron la vida 742 civiles en el año 2002 como consecuencia de la disputa por el dominio de la zona, guiada por múltiples intereses económicos y estratégicos, entre paramilitares de AUC y las FARC-EP, lanzando miembros del último grupo un cilindro bomba al interior de la iglesia de Bellavista. El hecho de que, en la trama literaria, el niño y su madre biológica figuren entre las víctimas hace coherente la interpretación funesta de las primeras frases, ya que ambos, a diferencia de la madre adoptiva que sobrevive, proceden realmente de la región y representan en mayor medida a la población del Atrato. Más allá de este acontecimiento más conocido de la realidad extratextual, el texto manifiesta y denuncia otras formas diversas de violencia, sean visibles o invisibles, destacando una llamativa violencia estructural, que afecta tanto a los habitantes de la zona periférica como al mismo entorno no humano, manifestándose en la explotación y opresión a múltiples niveles de esta región y permitiendo a su vez la violencia directa y fácilmente perceptible. Las múltiples alu-

siones a estas violencias allanan el camino para la descripción explícita de la excesiva violencia en el último capítulo, cuando la madre adoptiva recoge los trozos dispersos del cuerpo reventado del niño.

En este sentido, Campisi (189–190) identifica varios elementos de la novela que la vinculan con el ecofeminismo y resalta su capacidad para denunciar las variopintas violencias paralelas frente a las mujeres, además de colectivos marginalizados como la población local, y el medioambiente. La postura ecofeminista “brings to the fore the ancestral rituals of Afro-Colombian riverside communities in the face of ecological and political violence” (190).

Es decir, el texto literario establece una conexión directa entre las reflexiones sobre la maternidad (adoptiva), incluyendo la pérdida de los hijos, la capacidad actante de la naturaleza en la región y la violencia cometida contra ambas entidades, convirtiendo todos estos aspectos en asuntos intrínsecamente ligados a la política. Así, a los lectores nos deja concluir que la violencia de la masacre abordada, perpetrada por actores humanos frente a otras personas de la población civil, mayoritariamente mujeres y niños, es una de las consecuencias directas de las intervenciones causadas por múltiples intereses impuestos desde fuera, a su vez relacionados con el abandono estatal y el olvido de la región y su paisaje fluvial.

Por lo tanto, mi lectura del libro se inscribe en el espíritu de un movimiento en Colombia que se ha propuesto algunos cambios en el tratamiento de la violencia en relación con el entorno no humano: vinculado a una emergente “imaginación ecopolítica” (Cagüeñas et al. 169), la justicia transicional y la Comisión de la Verdad reconocen ahora a los ríos y ecosistemas naturales como víctimas del conflicto armado. Resulta fructífero aplicar las teorías que abordan la consideración legal del Atrato como una ‘entidad sujeto de derechos’ por la Corte Constitucional en 2016 y las implicaciones de la Sentencia T-622 en el curso posterior del análisis. La descripción del río en cuestión como verdadero sujeto activo de la novela se evidencia en el hecho de que el Atrato no sólo constituye la base de toda la existencia desde el inicio, sino que tiene vida propia, lo que se manifiesta en la equiparación de su curso con los años de vida:

Es el río en sus primeros años; viene del Carmen de Atrato y muere en el Caribe. Los habitantes del pueblo viven de él: pescan, lo navegan cantando, le rezan. Un brazo ancho de tierra negra. Adentro, en la selva, el Atrato no espejea como el Amazonas, no se parece al verde Cauca ni al Magdalena que recorre el país enfurecido y espumoso. A veces pardo, a veces canelo, tiene el olor que brota de un álbum de fotos que se abre después de mucho tiempo. (Salazar 12)

Empezando por el final de esta cita tan significativa, la investigación sobre la memoria destaca la importancia central de los álbumes de fotos familiares como medio de memoria visual, que estimulan el recuerdo y la narración de historias (véase Erll 84). Además, desde la conocida novela *À la recherche du temps perdu* de Proust, se reconoce al olor como un desencadenante igualmente decisivo de los procesos de memoria (véase Erll 70). Pero además de esta función memorística, los aspectos olfativos son uno de los elementos fundamentales, junto con el desciframiento de los mensajes del viento y otros fenómenos naturales, para captar la relación específica entre las comunidades ribereñas del Atrato y el río. Los antropólogos Cagüañas, Galindo y Rasmussen han podido descubrir a través de varias entrevistas durante los encuentros con el grupo de Guardianes del Atrato, colectivo destinado a poner en práctica las promesas de la Sentencia T-622, que la vitalidad del espacio acuático les parece esencial. Para poder representar el río desde una perspectiva local al considerarse legítimamente oriundos y miembros de las comunidades que viven en inseparable conexión en sus orillas, es decir, *orilleros*, es necesario convivir con el Atrato y percibir los mensajes del entorno no humano, pero vivo, con la máxima atención: “Los orilleros saben leer las señales que el río susurra a través de los cambios en su forma y en su carácter” (Cagüañas et al. 184). En este contexto, el olor es crucial, como se puede desprender de la declaración de una de las guardianas, que afirma que “uno aprende a conocer sus mensajes, [...] el viento es un mensajero y el olor también indica cuándo crece, y cuándo trae o no pescado” (184). De las diversas afirmaciones de otros guardianes, que apuntan en la misma dirección, los tres antropólogos concluyen la conexión inseparable entre comprensión de la cuenca del Atrato, recuerdo y vivencia personal: “Se

trata entonces de un entendimiento forjado en la experiencia y la memoria" (185). Así, a través del aspecto olfativo, la cita de la novela desvela la estrecha relación entre el río y la memoria colectiva de la población local, que, incluso más allá de su base primordial de sustento, lo considera un sujeto vivo y una deidad cuando le rinde culto mediante la oración. Además, lo que parece una antropomorfización al describir el río como una parte del cuerpo humano, en este caso como un brazo, se refleja en las transiciones de tonos marrones a grises, debidas a la oscuridad de los sedimentos que lo marcan, lo que ya indica tanto sus transformaciones como su opacidad y turbiedad. La turbidez del río como ecosistema vivo es una clara referencia a los problemas, provocados, entre otras razones, por la extracción de oro, que en el bajo Atrato da lugar al fenómeno del río infectado conocido como *aguasucia*. Como argumentan los guardianes, "[n]o se trata simplemente de que el río esté sucio o contaminado, sino de que hay algo nuevo que viene a cambiar las relaciones con las aguas: el aguasucia es un agente engendrado por la diversidad de fuerzas humanas y no humanas que conforman la cuenca, como la minería de gran porte, la tala indiscriminada o la falta de tratamiento de residuos" (182). Así, además de los otros tipos de destrucción del entorno, la novela también aborda indirectamente la grave contaminación del agua por intereses económicos, incluida la provocada por la basura. Aunque la siguiente referencia a los tres ríos más conocidos de Colombia pueda dar a entender que el Atrato representa sólo la periferia, la comparación demuestra que es muy pertinente como medio de memoria de la región en su relación con el conjunto del país. Esto coincide con la afirmación de que "[l]as aguas que corren por el Atrato llevan consigo la historia del Chocó" (180).

Aunque sigan siendo los habitantes de la ribera los que realizan las actividades principales como pescar y navegar en la cita analizada, el río se describe más adelante como la parte activa cuando la narradora afirma: "El río lava la ropa, da de comer, sostiene niños, baña mujeres, esconde muertos" (Salazar 79). Como un primer indicio, la estructura de

la frase con el río como sujeto⁴ ya muestra que es el río quien mantiene viva la región y es la base de la existencia de todos sus habitantes. En este caso, no obstante, se puede ver que no sólo se asocia a características positivas, sino que también se tematiza la conexión entre la vida y la muerte, a menudo causada por la mano del hombre. De hecho, el Atrato es particularmente conocido por las numerosas muertes debidas a la intervención humana, en su mayoría por gente ajena a sus orillas que quiere lucrarse con él y la región⁵, lo que sugiere el papel del río en la economía mercantil capitalista, que la narradora cita como una actividad ejercida por el propio caudal, aunque esto explique en realidad su papel de víctima: “El Atrato une mercados y separa personas” (79). A pesar de que la narradora parezca referirse con la separación a su propio destino con los miedos implicados en la pérdida del niño cuando lo entregue a su madre biológica, encontramos aquí también una alusión a que los varones de la zona –tanto los hijos como padres de las familias riberas– a menudo son reclutados u obligados por los distintos grupos armados a luchar en el conflicto interno colombiano, lo que, además del desplazamiento, constituye uno de los grandes problemas sociales, provocando, entre otras consecuencias nefastas, que las mujeres se vean sin el apoyo del mundo masculino. Este destino también lo comparte la narradora soltera, que deja de parecer tan privilegiada y subraya la solidaridad fundamental entre las mujeres. En el mundo extratextual, los guardianes del Atrato, asimismo, están formados por dos representantes de cada zona que persiguen distintos intereses, “ya que cada género sostiene una relación particular y distinta con el río” (Cagüañas et al. 178). Los guardianes también argumentan que el Atrato es a la vez madre y padre de los orille-

-
- 4 La forma verbal sugiere que no son las personas las que realizan las actividades asociadas al río, sino que el río parece tener la agencialidad para realizarlo todo.
 - 5 A pesar de su difícil acceso, el Chocó siempre ha sufrido las explotaciones a gran escala de empresas externas –frente a los modos de vida, cultivos y pesca tradicionales de la población local– debido a su riqueza en recursos naturales como el agua, el pescado o el oro y su situación estratégica, conectando ambas costas colombianas.

ros, lo que corresponde a la declaración de Carmen Emilia, compañera de viaje: “Los hijos son más del río que de las madres” (Salazar 121).

Un guardián recalca que el río sólo les presta su hábitat (véanse Cagüañas et al. 183), lo que responde, en el sentido de la narrativa de interdependencia, al discurso antropocéntrico de la subordinación de la naturaleza a los intereses humanos. Frente a las anteriores prácticas cartográficas colonialistas, destinadas a reforzar el control del poder sobre los territorios conquistados (véanse Pettinaroli y Mutis 6), esta novela concede capacidad actante tanto al río como a todo el entorno natural. Considerando estos detalles, Navarrete concluye que la novela redibuja el mapa convencional para dar voz a las regiones hasta ahora ignoradas y negadas: “[P]odemos entender el *mapa narrativo* desplegado en *Esta herida llena de peces* como un ejercicio de cartografía alternativa que configura nuevas coordenadas espaciales para Colombia” (92).

Así, el entorno líquido, al narrar vida y muerte de todos los seres vivos, es capaz de reescribir la historia: “El río es testigo de llantos y sangre, nacimientos y muertes” (Salazar 85). Con esto, el Atrato se convierte realmente en “un sujeto con voz y personalidad políticas propias, capaz de abogar por sus derechos” (Cagüañas et al. 171). No obstante, esto requiere un ejercicio de traducción, ya que este “río habla su propio lenguaje y no todos pueden descifrarlo” (185). El texto literario asume esta tarea, mediado por su narradora –a su vez en una relación ambigua con el río–, al traducir la memoria específica del agua a un discurso comprensible por sus lectores.

Esto conduce a leer la novela en términos de prestar atención no solo a las experiencias de la narradora sino ante todo a las vivencias y los recuerdos del río Atrato, mediados y articulados por una voz humana, que hace llegar sus mensajes a los oídos por fuera de las comunidades orilleras, lectores que, no obstante, tienen que descifrarlos. Esta lectura, en la que la figura portavoz y en principio algo privilegiada ya no ocupa el centro, se dirige también contra las convenciones epistemológicas antropocéntricas, puesto que el primordial centro de atención ya no es el ser humano, mediador con el que como lectores tenemos el contacto más directo, sino que también podemos intentar comprender el entorno no humano descrito con su fuerza natural, sus agentes y sus violencias, que

a menudo parece ejercer el propio agua, para cuestionar nuestro propio comportamiento hacia esta entidad subyugada que es la naturaleza.

5. Conclusiones

En las dos novelas analizadas, relatadas por voces humanas, puede concluirse que el medio ambiente, en forma del agua, articula su memoria y entabla una especie de diálogo con la cultura humana para concertar la vida social cotidiana en conjunto y negociar tanto la necesidad como los efectos de las acciones humanas, en su mayoría violentas. Por supuesto, cuando las figuras humanas hablan en nombre del entorno no humano, la comunicación siempre está mediada en el sentido de que implica la subjetividad de las instancias narrativas. Para darle voz, Alea se sitúa decididamente de parte del agua, a la que considera punto de partida y destino de toda vida en un ciclo vital continuo, e interpreta los signos de la naturaleza de forma extremadamente explícita, mientras que la narradora de *Esta herida llena de peces* tiende a describir sus propios sentimientos y al mismo tiempo sutaliza los problemas en las relaciones sociales, que surgen porque las jerarquías existentes marginalizan la población de la periferia líquida. Así, ambas narradoras tienen un papel de mediadoras que reflexionan sobre a qué cultura corresponden, cavilando si se sienten pertenecientes a una determinada sociedad humana o al universo acuático: mientras que una narradora presenta esta conexión íntima con el agua, la otra se muestra más bien ambivalente respecto al río, ya que le gustaría tener una conexión más inmediata, aunque no se considere realmente parte de las heterogéneas comunidades de las orillas del Atrato, en inseparable vínculo con la cuenca. Lo que ambas narradoras tienen en común es que denuncian ciertas destrucciones humanas y otorgan al agua protagonismo y agencialidad para subrayar la interdependencia no solo entre el medio ambiente acuático y los seres que lo habitan sino entre todos elementos en esta red de agentes vivos.

Bibliografía

- Blackmore, Lisa. "Water." *Handbook of Latin American Environmental Aesthetics*, editado por Jens Andermann, Gabriel Giorgi y Victoria Saramago, De Gruyter, 2023, pp. 421–438.
- Blackmore, Lisa y Liliana Gómez. "Beyond the Blue: Notes on the Liquid Turn." *Liquid ecologies in Latin American and Caribbean Art*, editado por Lisa Blackmore y Liliana Gómez, Routledge, 2020, pp. 1–10.
- Cagüañas, Diego, María Isabel Galindo Orrego y Sabina Rasmussen. "El Atrato y sus guardianes: imaginación ecopolítica para hilar nuevos derechos." *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 56, no. 2, 2020, pp. 169–196.
- Campisi, Nicolás. "South American Literature and Ecofeminism." *The Routledge Handbook of Ecofeminism and Literature*, editado por Douglas Vakoch, Routledge, 2022, pp. 186–194.
- Capote, Virginia. "La vida fue hace mucho: desastre medioambiental y ontología territorial del golfo de Urabá en la narrativa de Marita Lopera." *RILCE*, vol. 40, no. 2, 2024, pp. 722–745.
- Capote, Virginia y Florian Homann. "Memorias apocalípticas, fin del mundo y violencia en la narrativa colombiana del siglo XXI." *Formas del fin del mundo*, editado por Ángel Esteban, Peter Lang, 2023, pp. 307–331.
- Dürbeck, Gabriele. "Narratives of the Anthropocene: From the perspective of postcolonial ecocriticism and environmental humanities." *Postcolonialism Cross-Examined*, editado por Monika Albrecht, Routledge, 2019, pp. 271–288.
- Erll, Astrid. *Kollektives Gedächtnis und Erinnerungskulturen*. Metzler, 2017.
- Lopera, Marita. *La vida fue hace mucho*. Angosta, 2022.
- Murphy, Jeanie y Elizabeth G. Rivero. "Written in the Water: The Image of the River in Latin/o American Literature." *The Image of the River in Latin/o American Literature*, editado por Jeanie Murphy y Elizabeth G. Rivero, Lexington, 2017, pp. 1–12.
- Navarrete, Sandra. "Cartografías de la crisis en Esta herida llena de peces de Lorena Salazar." *Theory Now: Journal of Literature Critique and Thought*, vol. 6, no. 2, 2023, pp. 81–102.

- Pettinaroli, Elizabeth y Ana María Mutis. "Introduction." *Troubled Waters: Rivers in Latin American Imagination (Hispanic Issues On Line 12)*, editado por Elizabeth Pettinaroli y Ana María Mutis, 2013, pp. 1–18.
- Plumwood, Val. "Decolonising relationships with nature." *PAN: philosophy activism nature*, vol. 2, 2002, pp. 7–30.
- Salazar Masso, Lorena. *Esta herida llena de peces*. Tránsito, 2021.
- Wardi, Anissa Janine. *Water and African American Memory: An Ecocritical Perspective*. Florida UP, 2011.

